

**Jóvenes, imágenes polares y tensiones.  
A propósito de participación política juvenil a treinta años  
del golpe militar contra el pueblo chileno.**

*Klaudio Duarte Quapper*

**Construcción de imágenes juveniles polares: entre la maldad y la pureza.**

Desde hace varias décadas se viene planteando que *la juventud* posee una característica propia de su identidad: *es la que porta consigo las posibilidades - herramientas, responsabilidades y compromisos- para realizar el cambio social<sup>1</sup> como ningún otro actor social*. Este planteamiento, genera variados efectos en distintas esferas sociales y en actores o grupos de ellos, que ven a este sector social como portador, de por sí, de la salvación para los males humanos.

Particular importancia tiene esta situación en las Ciencias Sociales de nuestro país, ya que, en su desarrollo investigativo acerca de este grupo social, muchas veces han supuesto esta caracterización, tratamiento que genera confusiones y reducciones analíticas. Igualmente, otras instituciones sociales en las que las y los jóvenes se desenvuelven cotidianamente -escuelas de diverso tipo, familias, iglesias, partidos políticos, organizaciones sociales, etc.- suelen relacionarse con ellas y ellos desde esta concepción, lo que ocasiona tensiones debido a que éstos no necesariamente materializan o cumplen con esa caracterización altruista.

---

<sup>1</sup> Con *cambio social*, me refiero a los procesos de transformación de las estructuras sociales y de las relaciones humanas en perspectiva de liberación. No lo uso en el sentido vacío, mercantilista y farandulero que lo hace la Alianza por Chile y su candidato "natural" a la presidencia Joaquín Lavín u otros sectores, que definen cambio social como conjunto de resultados a lograr sin hacer énfasis en los procesos desplegados para construir ese cambio. Sobre esta idea impuesta a las y los jóvenes como propia, encontramos una crítica en Braslavsky Cecilia. *La juventud en Argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro*. En *Revista de la CEPAL N° 29*, Santiago de Chile, pp. 41-55. 1986.

En el mismo movimiento, es posible observar en muchas ocasiones a las y los propios jóvenes reforzando esta situación, toda vez que actúan desde lo que socialmente se les señala como ideal, o sea siendo "lo que dicen que somos". Es decir, esta *atribución magnífica* también opera como autopercepción.

Antes de avanzar en este relato, quisiera no olvidar que en el polo opuesto de esta caracterización que se pretende positiva de las y los jóvenes, está el señalamiento de los *mundos juveniles*, especialmente de los sectores empobrecidos, como portadores de todos los males -violentos, apáticos, irresponsables, hedonistas, entre otros- que la sensibilidad dominante puede concebir y que son causantes de lo que desde la dominación cultural se consideran las peores tragedias contemporáneas -SIDA, drogadicción y tráfico, violencia social, delincuencia, entre otras-<sup>2</sup>. En este texto nos referiremos al otro polo de la visión maniquea, la imagen idealizada positivamente de las jóvenes, los jóvenes y sus prácticas sociales.

De esta manera, tenemos una sociedad que elabora imágenes de sus jóvenes, buscando explicarse -mayormente desde la superficialidad y la naturalización- lo que ellos y ellas viven, hacen, piensan, sienten o dejan de vivir, hacer, pensar y sentir<sup>3</sup>. En esa elaboración de imágenes, la que más abunda en algunos sectores -particularmente las izquierdas chilenas<sup>4</sup> y sus diversas herencias políticas y culturales- es que en determinados períodos históricos las y los jóvenes se comportaron de acuerdo a la características antes señaladas, es decir *fueron los motores del cambio social, los protagonistas principales de su tiempo*. Dos momentos de la historia de nuestro país, en los últimos treinta y cinco años, son considerados como emblemáticos en esta

---

<sup>2</sup> La tonalidad de este párrafo no pretende generar alarma ni victimizar a las y los jóvenes de sectores empobrecidos, sólo busco relevar el permanente maltrato del que son objeto por parte de diversas instituciones sociales -en particular los medios de comunicación- y la virulencia con que se da esa unilateral relación. Sugiero ver Duarte Claudio y Littin Catalina. *Niños, niñas y jóvenes: construyendo imágenes en la prensa escrita*. Asociación Chilena pro Naciones Unidas. Santiago. 2002.

<sup>3</sup> Una interesante crítica en este sentido se encuentra en Muñoz Víctor. *Imágenes y estudios cuantitativos en la construcción social de "la juventud" chilena. Un acercamiento histórico (2003-1967)*. Mimeo, 2003.

<sup>4</sup> Me refiero a sectores progresistas, es decir que se activan en pos de la transformación social, en el sentido que señalé en la primera nota de este texto. No existe una izquierda sino varias formas de articularse en tanto sector progresista en Chile. Recomiendo estudiar a Gallardo Helio. *Actores y Procesos Políticos Latinoamericanos*. Editorial DEI, San José de Costa Rica. 1989; también *Elementos de Política en América Latina*. Editorial DEI, San José de Costa Rica. 1989

situación: el período previo al gobierno de la Unidad Popular –el gobierno de la Democracia Cristiana- hasta el golpe militar (algo así como 1963 – 1973) y el período que va entre las protestas contra la Dictadura Militar hasta el fin de la misma (1983 – 1989).

Lo que de una u otra forma se señala y se reproduce discursivamente en diversos espacios, es que en ambos períodos “los jóvenes eran comprometidos y estaban por la construcción de una sociedad nueva”<sup>5</sup>. A mi juicio, esta imagen no es sino una construcción generada desde posiciones particulares, desde ellas la imagen adquiere materialidad para quien observa, cuestión socialmente obvia, pero que encierra el desafío de reconocer y estar en control de esas particularidades en la medida que ellas pueden reducir y distorsionar lo que se desea observar. La reducción que interesa analizar aquí es la concepción de joven como portador de una pureza, que se verifica en su aporte sin más al cambio social, con lo cual se deshistorizan las producciones juveniles.

Una de las posibles explicaciones a la construcción de este tipo de imágenes se relaciona con la necesidad que surge de contradecir el discurso hegemónico más potente respecto de lo juvenil en nuestro país, que se relaciona, como señalábamos recién, con la caracterización de estos sujetos como *portadores de la maldad*. Sin embargo, esta tentación de contradecir dicha concepción desde esta u otras imágenes, pero sin modificar la racionalidad que está por detrás de dichas construcciones, no hace otra cosa que fortalecer la matriz que sustenta dichas elaboraciones.

Por ello nos parece que se trata más bien, de develar esta racionalidad que sostiene la construcción de dichas imágenes<sup>6</sup>, para desde ahí plantearse desafíos en ese plano del análisis: el de la elaboración de mecanismos alternativos para construir las miradas

---

<sup>5</sup> Para el primer período ver Abarca Lucho y Forch Juan. *Viaje por la Juventud*. Editorial Quimantú. Santiago, 1972; para el segundo momento señalado, sugiero algunos textos de ECO, FOLICO SEPADE. *Juventud Chilena Razones y Subversiones*. Santiago, 1985.

<sup>6</sup> Duarte Klaudio y Littin Catalina. El mismo texto ya citado.

respecto de las jóvenes, los jóvenes y sus prácticas sociales y políticas en determinados contextos y procesos sociales<sup>7</sup>.

En el presente texto, nos interesa analizar las incidencias sociales que tiene esta situación: *la construcción polarizada de imágenes idealizadas de las y los jóvenes en torno a su práctica política y los efectos posteriores en el imaginario cultural y político y en las relaciones que desde ahí se han establecido con ellos y ellas en nuestra historia reciente como sociedad.*

Para ello queremos buscar, en el período que va desde el triunfo de la Revolución Cubana hasta el final del gobierno de la coalición Unidad Popular, algunos indicios de cómo se ha construido esta imagen idealizada de las y los jóvenes. Nos interesa develar como ella les ha restado posibilidades de ser comprendidos como sujetos históricos en tensión, con avances y retrocesos, con dudas y respuestas a las complejidades que su tiempo de juventud les planteó.

El texto pretende una automirada a nuestras formas de construir imágenes respecto de sujetos sociales –en este caso jóvenes–, sus prácticas sociales y de la autonomía con que posteriormente esas construcciones se movilizan en los imaginarios sociales, reproduciéndose y logrando niveles de incidencia insospechadas al momento de su elaboración. Para este ejercicio recurriremos a una mirada en la historia pasada que nos traiga al presente histórico. En ese proceso elaboraremos claves de lectura de lo político juvenil que puedan aportarles a las y los propios jóvenes criterios para mirar

---

<sup>7</sup> Cuando hablamos de *joven o jóvenes* estamos haciendo referencia a un sujeto social –diverso, plural, dinámico, historizado–; cuando decimos *juventud* la polisemia aumenta, en tanto puede referirse a un grupo social, a un momento de la vida, a una actitud en la vida, entre otras fórmulas, por lo cual es necesario contextualizar su uso –vinculado con la pluralidad antes señalada, al referirnos al grupo social o a las formas de ser joven, podemos hablar de *juventudes*–; cuando hablamos de sus prácticas sociales, políticas, culturales y otras, decimos *lo juvenil*, en referencia a sus producciones, reproducciones y contra producciones; finalmente, cuando decimos aquellas imágenes que circulan en nuestros imaginarios como modelos a seguir y que son mayormente impuestos desde los medios dominantes de comunicación, socialización y poder, decimos *juvenilización*. Duarte Klaudio. *¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles*. En *Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica*. Klaudio Duarte y Danahé Zambrano Editores. Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI, San José, 2001; Margulis Mario y Urresti Marcelo. *La construcción social de la condición de juventud*. En *Viviendo a toda: Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Universidad Central-DI UC, Santa Fé de Bogotá, Colombia, 1998.

sus acciones y opciones, potenciando sus estilos de participación política y aportes a la construcción de comunidad.

### **Jóvenes como portadores en sí mismos de la transformación social.**

El período en que nos ubicamos, sin duda está caracterizado por una fuerte efervescencia social, dicha condición es producto de una serie de procesos sociopolíticos que se venían gestando en el país, en el continente y en otras latitudes. Baste mencionar el fuerte influjo cultural que tuvo la Revolución cubana en el planteamiento y posterior desarrollo de proyectos de cambio social; la llegada al gobierno de la Democracia Cristiana con su propuesta de “revolución en libertad”; el surgimiento de un discurso renovador en la Iglesia Católica; la “vía chilena al socialismo” con Salvador Allende Gossens como presidente, entre otros.

En este proceso las y los jóvenes estaban considerados. Por una parte, porque como grupo social ya contaban con una presencia más definida –estaban presentes en todas las clases sociales, en los dos géneros y en el sector urbano y rural-, porque algunos de los actores que impulsaron los procesos antes mencionados eran socialmente señalados como jóvenes, y porque hacia ellas y ellos se dirigía buena parte del discurso que sostenía estos procesos: “la patria joven”, entre otros.

Sin embargo, esa consideración estaba mayormente referida a su condición de sujeto con una esencia transformadora y transformadora con profundidades<sup>8</sup>, es decir aquellos que proponían la construcción de un país alternativo a los modos capitalistas de organización. En esto coincidían tanto el centro político como la izquierda chilena, las y los jóvenes habían de ser actores protagonistas del cambio que se gestaba. Esa condición estaba dada por su propia naturaleza. Era parte de lo que estaban viviendo en ese momento de sus vidas.

Simultáneamente y como parte de este proceso, hemos de considerar que diversos partidos: la Democracia Cristiana en su período de gobierno, más tarde algunos de los

---

<sup>8</sup> El plural hace referencia a los niveles de dicha profundidad, según el tipo de propuesta que se tratase.

partidos que componían la Unidad Popular y sectores radicalizados de izquierda (MI R, MAPU entre otros) tuvieron jóvenes en sus cargos de dirección, lo que constituyó sin duda un aporte a la renovación de los cuadros políticos, junto a la existencia estructurada de sus Juventudes partidarias. Lo anterior no implica una opción necesariamente desde el mundo adulto por desplegar un estilo de relación de cooperación y construcción conjunta con las y los jóvenes militantes, sino como veremos, más bien se transformó en una fórmula de ejercicio de poder generacional al interior de la práctica política.

Quién mejor retrata esta asignación de identidad a las y los jóvenes, es Salvador Allende, en un discurso pronunciado ante estudiantes de la Universidad de Guadalajara en México en el mes de diciembre de mil novecientos setenta y dos. Les señala:

*No hay querella de generaciones, y eso es importante que yo lo diga. La juventud debe entender su obligación de ser joven, y si es estudiante, darse cuenta que hay otros jóvenes que, como él, tienen los mismos años, pero que no son estudiantes. Y si es universitario con mayor razón mirar al joven campesino o al joven obrero, y tener un lenguaje de juventud, no un lenguaje sólo de estudiante universitario, para universitarios. (...) La revolución no pasa por la universidad, y esto hay que entenderlo; la revolución pasa por las grandes masas; la revolución la hacen los pueblos; la revolución la hacen, esencialmente, los trabajadores. (...) Entonces, uno se encuentra a veces con jóvenes, y los que han leído el Manifiesto Comunista, o lo han llevado largo rato debajo del brazo, creen que lo han asimilado y dictan cátedra y exigen actitudes y critican a hombres, que por lo menos, tienen consecuencia en su vida. Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica; pero ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil<sup>9</sup>.*

Desde este discurso, podemos relevar al menos tres ideas fuerza en esta reflexión:

---

<sup>9</sup> Tomado de Muñoz Víctor. El mismo texto ya citado. Las cursivas son mi responsabilidad.

i] Por una parte, la noción de que *no hay querrela de generaciones*. El contexto sociopolítico de la época se caracteriza por una valoración de la idea de lucha de clases como manifestación superior -y a ratos única- de los modos de dominación producidos por la organización capitalista de la sociedad en sus diversos planos. Sin embargo, esta concepción nos muestra una posibilidad de invisibilizar otros modos de expresión de esta conflictividad social que son subordinados a este conflicto considerado como principal. Problemáticas expresadas en las asimetrías patriarcales [masculino + --- femenino -] o de discriminación racial [chileno + --- mapuce -] entre otras, son puestas en compás de espera ante la urgencia y relevancia de la asimetría [burguesía + --- proletariado -]. La asimetría [adulto + --- joven -] era también invisibilizada porque el proceso revolucionario así lo ameritaba<sup>10</sup>.

De esta forma, las tensiones que pudieran existir entre generaciones por ejemplo, eran desplazadas de su importancia porque de seguro se trataba de preocupaciones que desviaban la atención de las problemáticas consideradas efectivamente importantes.

Además, ser joven estaba directamente vinculado con una tarea superior, aportar al proceso revolucionario, pero no en tanto joven, sino que como estudiante o trabajador. En alguno de estos roles sociales, el muchacho y la muchacha debían prepararse para su integración al aparato productivo, estudios profesionales y para la formación de una familia. En todos estos casos se trataba de una integración social definida ahora por su aporte al proceso revolucionario en marcha. En esa integración, las preocupaciones e intereses propios de su momento de vida -más allá del rol social que jugaban o que se les imponía jugar- quedaron pospuestos sin fecha de atención. Para realizar esta invisibilización de la tensión generacional se le impone la tensión de clases.

Una interesante caracterización de esta tensión se puede observar en la publicación "Viaje por la Juventud" de Editorial Quimantú en el año mil novecientos setenta y

---

<sup>10</sup> No es sólo Chile el depositario de este imaginario, también lo fueron otros procesos sociales que avanzaron más en sus caminos o que se han consolidado en el tiempo.

dos<sup>11</sup>. En ella, se contraponen dos imágenes del ser joven en el período: la de la juventud *jai* y la de la juventud *trabajadora*. A los primeros se les retrata como:

“La vida de los jóvenes de Providencia transcurre la mayor parte del tiempo fuera de la casa. Y a pesar de esto, sus actividades son restringidísimas, de un horizonte estrecho y limitado. Pareciera que todo se reduce a la sextología: Pasear-Mirar-Bailar-Comer-Arreglarse-Chorearse”<sup>12</sup>.

De esta manera, se les presenta como individuos que forman parte de una cultura acomodada a quienes no les interesa lo que acontece a su alrededor, que están sumidos en un “síndrome amotivacional” ya que “nacieron cansados” y “están choreados”<sup>13</sup>. No están dispuestos a sacrificarse por nada ni por nadie, lo suyo es pasarlo bien y seguir las modas que son impuestas por las tendencias extranjeras. La Revista “RITMO” del consorcio periodístico El Mercurio sería su instrumento mediático más representativo junto al Programa “Música Libre” de Televisión Nacional.

Esto en contradicción con los jóvenes que son presentados como parte activa del proceso político en marcha. Están dispuestos a sacrificar su verano por aportar con sus fuerzas a las tareas de la producción, ello como parte de su formación. La alta valoración de la participación de estudiantes en trabajos voluntarios en una mina de yeso en el Cajón del Maipo durante el verano, la relata un minero adulto:

“Yo soy muy derecho para mis cosas. No le voy a decir jamás una cosa por otra ni voy a mentir para agradar a nadie. Cuando estos niños llegaron todos estábamos un poco desconfiados. Creíamos que venían a gastar sus energías de verano. Como aquí la cosa es seria, entre hombres, les pusimos una tarea bastante pesada. Levantada a las seis de la mañana, desayuno. A las siete comienza la pega. De siete a doce, de una a seis. Se les exigirían rendimiento, disciplina y seriedad... Y han cumplido a carta cabal, ¿sabe?. Por ejemplo, lo que hicieron hoy no es un trabajo de cabritos, es pega de

---

<sup>11</sup> Abarca Lucho y Forch Juan. El mismo texto ya citado.

<sup>12</sup> Abarca Lucho y Forch Juan, 1972. Página 27.

<sup>13</sup> Abarca Lucho y Forch Juan, 1972. Página 28.

hombres maduros. Sin embargo, creo que esto les va a servir mucho para su formación”<sup>14</sup>.

Para la izquierda de la época, estos últimos jóvenes eran verdaderos protagonistas de su tiempo, éstos que se integraban en las tareas de la producción y que estaban dispuestos a sacrificar su descanso escolar para contribuir en las tareas del gobierno. Quienes mostraban un compromiso organizacional “como hombres maduros”, que se puede traducir “como todo un adulto”, eran sólo vistos en tanto futuros militantes de la causa política. De esta manera se va construyendo la imagen de joven de la Unidad Popular, como aquel que estaba plenamente integrado al proceso, con alto nivel de concientización política, lo que le llevaba a no perder su tiempo en distracciones banales como el baile, cierta literatura superficial y menos aún con música importada. Así no existe una(s) *condición(es) juvenil(es)*, sólo existe una *condición de clase*.

Sin embargo, algunos relatos de la época nos muestran que la juventud que se comprometió con el proceso revolucionario que proponía la Unidad Popular, por ejemplo, bailó al ritmo de Música Libre y que también leyó las revistas no partidarias, que además de leer los cuadernos “Conceptos Elementales del Materialismo Histórico”, cantó a Doors, Led Zeppelin, Creedence Clearwater Revival junto con Víctor Jara, Quilapayún, los Jaivas y otros. Algunos considerados *alienadores* otros definidos como *culturales*. La imagen del mosaico juvenil que ya se instalaba en la sociedad chilena de principios de los setenta, nos muestra que no solo eran diversos en opciones políticas sino también en estilos culturales y/o contraculturales y que su adhesión o gusto por esos estilos era transversal en sus vidas. Difícilmente podrían encontrarse, al igual que hoy si agudizamos la mirada, jóvenes que solo cultivaran el neofolklore o que adscribieron únicamente a la nueva canción chilena, o que de manera excluyente siguieron al movimiento de la nueva ola o solo a los músicos de la dominación<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> Abarca Lucho y Forch Juan, 1972. Páginas 21 y 22.

<sup>15</sup> Para esta interesante perspectiva, que nos muestra unas juventudes historizadas y con las tensiones propias de su tiempo, sugiero estudiar a Salazar Gabriel y Pinto Julio. *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y Juventud*. Lom Ediciones. Santiago de Chile. 2002. En específico, para este tema, entre las páginas 109 a 166.

De esta forma, la imagen que señala que *ser joven* no es una cuestión política y *ser obrero* sí lo es, resulta una imagen ideologizada –en el sentido de *falsa conciencia*- que se impone como una construcción exterior y a priori. Los criterios de clase, como totalizadores de la comprensión de las luchas populares actúan generando y potenciando la invisibilización de las tensiones particularmente juveniles.

Lo que nos aparece como racionalidad que sustenta este mecanismo invisibilizador de la complejidad juvenil es la pretensión adulta de que existe una “verdadera” causa revolucionaria y que su rol es señalarle a las y los jóvenes cuál es el eje “correcto” de la lucha política.

Se podría pensar que era demasiado reciente el proceso para lograr observaciones que hoy se señalan, pero vemos que la matriz adultocéntrica actuó de manera vigorosa en ese momento incidiendo en que no se considerara en tiempo presente a las y los jóvenes como actores relevantes de su propia historia y como constructores de comunidad desde sus intereses y apuestas propias. Por ello fue posible bajarle el perfil y a ratos negar las tensiones generacionales para sobredimensionar la *verdadera tensión*.

Sin duda el contexto, en el mismo movimiento desafiante y adverso –la urgencia de los cambios, la posibilidad con que se contaba, la reacción virulenta de la oposición-, puso condiciones de alta exigencia a las posibles elaboraciones en el proceso. Son otros los tiempos y caminos andados los que nos posibilitan mirar esa experiencia y rescatar aprendizajes para nuestras luchas actuales. Vamos al pasado para reconocernos en él, porque no es *lo que ya pasó*, sino *aquello que nos trajo hasta aquí* como nos enseñan nuestros hermanos y hermanas de los pueblos originarios del continente.

Desde esta reflexión y mirando el escenario actual es posible interrogarnos cerca de la presencia explícita de las tensiones y complejidades generacionales en nuestras luchas. Como hemos señalado, nos parece vitalizador de las prácticas juveniles –y apostamos a que también de las prácticas adultas- que se hagan visibles estos contenidos. No para particularizar las luchas generando fracturas, sino para construir la apuesta colectiva desde los aportes particulares y diversos.

ii] Por otra parte, aparece en el discurso citado la noción de que “*Y ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica*”, frase que se convirtió en los años de resistencia a la Dictadura Militar, en una consigna para convocar a nuevos jóvenes a sumarse a esa lucha. Sin embargo, ella condensa una de las variantes de esta noción que mesianiza a estos sujetos como portadores de por sí del cambio social.

En ese planteamiento, el constituirse en un actor que realiza transformaciones de orden revolucionario está en directa dependencia con su crecimiento biológico, es decir con momentos propios de la pubertad. En el contexto de la época que analizamos, la *rebeldía juvenil*<sup>16</sup> era comprendida, en muchas ocasiones, como una extensión de la crisis de identidad que se venía planteando desde algunas corrientes de la psicología del desarrollo y que es definida como producto de los cambios hormonales que cada individuo padece en el momento del inicio de la vida juvenil y que provocaría tensiones desestabilizadoras, que podrían llevarle a tener conductas de retraimiento o de rebeldía, e incluso ambas en determinadas situaciones<sup>17</sup>.

Esta crisis de identidad gatillada por los cambios psicobiológicos es la que generaría esta desadaptación que es leída como *rebeldía juvenil*. Luego, esta rebeldía poseería causas naturales –a todos nos pasa, todos algún día fuimos jóvenes- y por lo tanto, responde a una fase del crecimiento humano<sup>18</sup>. De esta forma lo que se va construyendo es un mecanismo que no diferencia, que establece una falsa identificación entre esta *rebeldía juvenil* y la voluntad política de aportar a la transformación social

---

<sup>16</sup> Uso cursiva porque esta expresión –*rebeldía juvenil*– contiene variados significados que requieren ser precisados en cada relato. En esta ocasión la uso en el sentido conservador, que refiere al malestar juvenil que se expresa en ocasiones de manera caótica y fuera de las normas establecidas por las agencias de dominación.

<sup>17</sup> Posteriormente algunos autores han hecho de la *anomia de Durkheim* un fenómeno explicable por la condición *juvenil* de algunos sujetos. Ver con agudeza y sospecha Valenzuela Eduardo, *La rebelión de los jóvenes*. Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1984.

<sup>18</sup> En ese sentido dicha rebeldía juvenil puede ser entendida como *una enfermedad que se pasa con los años*, cuando se cierre el ciclo de pubertad y venga *la maduración*.

Este mecanismo se materializa, por ejemplo, cuando se realizan análisis de la historia de Chile y se la muestra como sostenida por jóvenes que habrían luchado para generar cambios sociales en distintos períodos: uno de los procesos que se señala es la lucha contra la invasión española por parte de los pueblos originarios, especialmente el pueblo mapuce, y se plantea que ésta habría sido conducida por *jóvenes toquis*; en la rebelión contra el dominio español, el ejército criollo habría estado compuesto mayormente por *jóvenes* que buscaban la independencia. Sin embargo, no se considera que en los contextos en que acontecieron dichos procesos históricos –solo menciono dos por cuestión de espacio– no existía un grupo al que la sociedad de su tiempo les concibiera como jóvenes.

Tanto en la cultura mapuce, como en la organización de la sociedad chilena bajo el dominio hispánico, se pasa de niño-niña a individuo adulto si se contaba con los atributos que marcaban el rito de pasaje respectivo: básicamente, tener capacidades para integrarse al mundo del trabajo en el caso de los varones y estar en condiciones de reproducirse o de servir en las mujeres. Es decir, existían sujetos que hoy, mirados con las nociones de una sociedad distinta –industrializada, con educación obligatoria, globalizada, mercantilizada, etc.– pueden ser denominados jóvenes, o que étariamente –recurriendo al atributo menos indicado para análisis de esta complejidad social– pueden ser categorizados en el rango que en la actualidad se utiliza. Pero, su sociedad, el tiempo en que vivieron, la generación en que compartieron ese momento de sus historias, no les consideraba como jóvenes, es decir un grupo social con ciertas identidades y características distinguibles del resto de la sociedad.

El grupo social *juventudes* comienza a tener rasgos definidos en nuestra sociedad y cultura avanzado el siglo diecinueve y de manera paulatina según clase social y género: primero los ricos y varones, luego los pobres y las mujeres<sup>19</sup>. Es decir, no siempre han

---

<sup>19</sup> Para una profundización de esta idea fuerza sugiero ver: Salazar Gabriel y Pinto Julio. El mismo texto ya citado; Goicovic Igor. *Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile*. En Revista ÚLTIMA DÉCADA N° 12. CI DPA, Viña del Mar. 2002; Illanes María Angélica. *'Ausente señorita': El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio*. Chile, 1890-1990, JUNAEB, Santiago, 1991; Rojas Jorge. *Los niños cristaleros: trabajo infantil de la industria*. Chile, 1880-1950, DIBAM, Santiago, 1996; Duarte Klaudio. *¿Desde cuando somos jóvenes?*. Mimeo, Santiago. 2003.

existido las y los jóvenes en nuestra historia y su aparición y consolidación como grupo social ha estado influida al menos por su pertenencia de clase y de género.

Vinculándolo con lo anteriormente señalado, respecto de la identificación de rebeldía juvenil y voluntad transformadora, la revisión de ciertos procesos de nuestra historia de Chile, nos muestra que la participación política de estos sujetos –no jóvenes en su tiempo–, no estuvo determinada por esa condición natural –cambios puberales– que se pretende, sino más bien por las condiciones sociopolíticas en que estaban inmersos. De igual manera podremos encontrar algunos que se vincularon en esas luchas y otros que no sólo no se vincularon, sino que apostaban a mantener el status quo.

La noción adultocéntrica de que ser joven es poseer una capacidad natural para activarse por el cambio social nos ha llevado a encandilarnos en ciertos procesos históricos y a tratar de explicar la participación y el compromiso político juvenil sin considerar las condiciones históricas que hicieron que dicho compromiso surgiera y se materializara. Ser joven y comprometerse con la transformación social es una opción de vida que no está condicionada por las características del desarrollo hormonal puberal<sup>20</sup>. Ser joven y comprometerse con la transformación social está en directa relación con las experiencias sociohistóricas que cada sujeto experimenta y los aprendizajes que desde ellas pueda elaborar. Así su procedencia, socialización, despliegue cultural, educación, amistades y afectos, opciones laborales y sexuales, sueños, contexto de país, etc., incidirán en mayor o menor medida para forjar lo que cada persona va decidiendo ser y hacer en su vida.

De esta forma, ser joven y no ser revolucionario es una posibilidad que muchos experimentan y que también experimentaron en ese momento de nuestra historia. En el período de gobierno de la Unidad Popular, un número importante de opositores de la reacción política de derecha y de centro eran considerados socialmente jóvenes. Varios de ellos y ellas son en la actualidad parlamentarios y dirigentes políticos de esos sectores y que una vez consumado el Golpe Militar contra el pueblo chileno se sumaron totalmente o con algunas reservas al proyecto de la dictadura. Esto nos

---

<sup>20</sup> Que continúa con otras características hasta el final de la vida.

muestra que se puede ser joven y querer mantener el status quo, que *la maquinita* siga funcionando y aceptarla, mejorarla para que de cada vez mejores dividendos.

Ser joven y ser revolucionario es un proceso de construcción en la historia. Es una opción por dedicar esfuerzos y deseos –de todo tipo- para aportar en la transformación social en perspectiva liberadora. Ser joven no asegura nada, más bien abre una serie de posibilidades que han de generarse y materializarse de acuerdo con las experiencias concretas de cada individuo, sus colectivos y comunidades. Ser joven no constituye algo dado, sino más bien implica un conjunto de condiciones de posibilidad que pueden ser potenciadas en perspectiva liberadora, pero, no es posible plantear a priori un resultado políticamente acertado en ese proceso.

Más aún, en los sectores empobrecidos encontramos jóvenes que no apuestan por la transformación social, aunque de igual forma encontramos quienes están comprometidos activamente en ello. Pero, no es su condición de empobrecido necesariamente la que le ha llevado a esa experiencia. Hemos de observar su historia –particular y colectiva-, la elaboración que de ella hace y el conjunto de factores sociopolíticos de su contexto los que potencien o inhiban su repertorio de opciones. Respecto de esos factores y de esa elaboración es que ha de concentrar esfuerzos la acción educativa –o auto educativa que despliegan las y los propios jóvenes- para activar el protagonismo juvenil en perspectiva liberadora. Nuestra izquierda chilena debe aprehender a conocer y potenciar esta posibilidad.

**iii] Finalmente, por ahora, la noción de que *ir avanzando en los caminos de la vida y mantenerse como revolucionario, en una sociedad burguesa, es difícil.*** Aquí aparece una condición profundamente patriarcal en el discurso, habla el hombre adulto, capaz de mantener la consecuencia revolucionaria hasta el final. Ya no está hablando de las y los jóvenes, sino hablando de sí mismo.

En este momento del discurso, se reitera con fuerzas uno de los modos de construir relaciones de parte del mundo adulto, en el contexto de una sociedad adultocéntrica y patriarcal: se habla de sí mismo y esa imagen es expuesta como modelo a seguir. No es

la experiencia ofrecida como aporte al diálogo es la norma dictada desde la transformación de lo vivido en verdad absoluta.

Es muy posible que existan jóvenes que den cuenta de la imagen que se plantea, es decir que dictan cátedra o creen tener respuestas por sólo haber leído alguna literatura revolucionaria o por haberla cargado. Si eso es así, constituye una práctica que ha de ser analizada y corregida, sobre todo si ella empobrece las relaciones sociales y los aportes a la construcción de comunidades justas y solidarias.

Sin embargo, este tipo de prácticas no son exclusivas de las y los jóvenes y menos se les pueden atribuir recurriendo al argumento *ser joven* como el causante de su existencia. Menos aún podemos plantear el opuesto de lo anterior: entre *más adulto* más capacidad de dar la talla revolucionaria desarrolla el sujeto. Si eso fuera así, bastaría con esperar a que los individuos tengan más años y los problemas sociales tenderían a desaparecer.

Al mismo tiempo, se vuelve sobre el mecanismo naturalizador de la conflictividad social, que no sólo le quita complejidad al análisis, sino que también inhabilita ante las posibles soluciones, toda vez que lo natural aparece fatalmente como inmodificable.

Esta crítica podría aparecer como contradictoria en el discurso presentado, ya que por una parte se está planteando que *la madurez* –que sería propia de la adultez, de la mayoría de edad- es la condición para que se haga efectiva la consecuencia revolucionaria y, por otra parte, la voluntad política de transformación estaría signada por *la condición juvenil* del sujeto. En este caso conviene recordar las nociones polarizadas con que la sociedad capitalista y adultocéntrica suele tratar a sus jóvenes, polarización que también incide y al mismo tiempo se manifiesta en este proceso de construcción de imágenes que estamos analizando. Polaridades que como veremos conviven en el imaginario social, es decir no es que se de la una o la otra, sino que en muchas ocasiones ambos polos se presentan simultáneamente en un mismo discurso.

Ejemplo de estos polos maniqueos podemos encontrar en: imágenes de jóvenes empobrecidos como potenciales drogadictos y delincuentes por una parte y de jóvenes

intrínsecamente solidarios en otro; imágenes de niñas puras y serviciales en las mujeres sumisas y hogareñas, y de potenciales prostitutas e infieles en las que gustan de la calle o son proactivas; la de jóvenes comprometidos socialmente cuando militan en alguna causa política oficial y la de jóvenes apáticos porque no se inscriben en los registros electorales en otra.

Junto a esta racionalidad, vemos también que de manera muy similar funciona la lógica de *la zanahoria y el garrote* para el tratamiento moralizador de este sector social, un ejemplo de ello lo vemos en las temáticas propias de la sexualidad, cuando en el contexto de una sociedad híper sexualizada –y al mismo tiempo sobre reprimida– se emiten un conjunto de mensajes que incitan al consumo de diversos productos asociados a la práctica del sexo en busca de placer y nuevas sensaciones, pero en el mismo movimiento el discurso dominante que se pretende hegemónico llena de culpabilidad a las y los jóvenes si es que optan por acceder a ese consumo.

Esas son dos formas polares de tratar a las y los jóvenes en nuestra sociedad, ambas están contenidas en el texto que analizamos. Por una parte ser joven y ser revolucionario como identificación natural, y por otra, la verdadera consecuencia revolucionaria se da en la adultez. Ambas forman parte de una misma racionalidad, la de las polaridades cartesianas, del bien y del mal, de arriba y abajo, de oscuro y claro. No hay tal contradicción, ella es negada cuando se les pide que hagan ahora, pero al mismo tiempo se les posterga para mañana; se les exige un cierto rendimiento hoy, pero al mismo tiempo se les recuerda que aún no son nada.

No es que el orador del discurso analizado nos proponga una u otra posibilidad, sino que nos muestra claramente esta convivencia de imágenes. Por ello se les puede exigir compromiso con el proyecto revolucionario a las y los jóvenes, pero al mismo tiempo el adulto no pierde el control de la situación al plantear que el verdadero compromiso se logra en la adultez (masculina, además) si se mantiene la consecuencia de vida.

El mecanismo que va por detrás de estas imágenes es la vida como una escalera –noción de progreso sin fin– en la cual el sujeto sube peldaño a peldaño según pasan los años y se va llenando de canas. Ciertamente en la radicalización de la modernidad –lo

que algunos pretenden post modernidad- ser canoso ya no es buen signo por lo que la muerte social se produce llegada la vejez, es decir el status se posee mientras se es adulto, lo que no implica ser viejo, quienes también sufren los embates del adultocentrismo pues "ya pasaron", "ya no son".

No podemos negar lo difícil que resulta mantener consecuencia -de cualquier tipo- en la vida, pero ella no tiene que ver con la mirada lineal del crecimiento humano, sino que dichas dificultades aparecen en todo momento y no sólo en la adultez. También resulta difícil para un niño, niña o joven mantener la consecuencia con los compromisos propios de los procesos que esté viviendo, que no poseen una menor importancia que las tensiones adultas. De manera que tal que estos infantes y jóvenes posiblemente han encontrado dificultades para vivir con consecuencias sus opciones de vida, sin esperar a ser adultos para ello.

Vale decir, se avanza en el camino de la vida desde que se nace y se puede vivir la consecuencia en todo momento, con independencia de la edad y más bien con influencia, como ya hemos señalado, de las historias experiencias y contextos en que cada sujetos y sus colectivos se desenvuelven.

### **Jóvenes como sujetos en construcción. Desafíos en tiempo presente.**

El texto va concluyendo por esta vez. Ha sido un riesgo su escritura. Más que nada porque para el discurso conservador la memoria de los líderes se mantiene en la medida que sus actos y discursos no se cuestionan, sino que se glorifican con solemnidad y la solemnidad implica aceptación acrítica. Intentar saltar sobre esa solemnidad llevará sin duda a la descalificación inmediata y hasta compulsiva de aquello que puede ser visto como un acto revisionista o de abandono de ciertos ideales, e incluso como falta de respeto y también como la de un general después de la batalla.

Todo eso es posible y puede no serlo. Lo que sí se puede afirmar en este texto, bajo la responsabilidad de su autor, es que el ejercicio realizado -incompleto y mejorable, también cuestionable en sus orientaciones por cierto- se basa en las ideas que en un

cierto tiempo la izquierda chilena expresó y que el discurso de Allende condensa de buena manera. Esto es lo que permite tomar sus palabras como un "objeto de estudio", es decir no analizamos al orador, sino lo dicho, en el contexto en que fue expresado. Es más, las ideas que condensa se mantienen en nuestra izquierda y eso es lo que fortalece el ejercicio, en tanto, como hemos visto en este texto, la construcción de imágenes polarizadas sobre las y los jóvenes y su activación política ha venido acompañando a la izquierda chilena desde hace largo rato.

De esta manera, desde el discurso analizado, desde su contexto y desde sus consecuencias podemos mirar nuestra historia y mirarnos en ella, en un juego de espejos que sólo tiene rendimiento político inicial si nos ayuda a pensar en nuestra historia actual para plantearnos desafíos en ese ámbito, en el terreno de la práctica política, particularmente la práctica política juvenil.

Sin duda, el desafío más relevante apunta a la necesaria desideologización de nuestras elaboraciones conceptuales y de las imágenes que vamos construyendo cuando leemos las diversas realidades sociales, en particular nos interesaron aquí las juveniles. En ese sentido una cuestión que nos aparece como desafío es hacer concreta esa noción que ya ha pasado a ser parte del sentido común y que refiere a la existencia de una amplia diversidad en el mundo juvenil -que nos permite hablar de juventudes y no de juventud, por ejemplo-. Si esto es así, entonces cómo hacer para no seguir homogenizando en nuestras miradas y análisis, cómo elaborar los lentes que nos permitan reconocer y comprender esa pluralidad.

Por otra parte, la necesaria historización de las relaciones sociales, especialmente de aquellas que son de orden conflictivo nos puede permitir que esa comprensión de lo social y luego los planteamientos de alternativas a esa conflictividad tengan posibilidades de materializarse con un sentido liberador. De mantenerse el estilo naturalizador de los conflictos, no lograremos transformar desde las raíces aquellas situaciones de dolor social que nos afectan cotidianamente.

En el mismo sentido, la imposición de una forma de conflictividad o de tensión social -o como única o como superior o como prioritaria- por sobre otras y en desmedro de

otras, sólo puede llevar a la negación de las particularización y especificidad que la conflictividad social asume. Ciertamente es un riesgo asumir dicha particularidad y caer en un ensimismamiento como extremo opuesto a la imposición señalada, pero no se trata de salir de este riesgo por la vía de buscar un cierto equilibrio. Más bien se trata de instalar otro eje, en que la prioridad sea el reconocimiento de las conflictividades y tensiones particulares como parte de conflictividades mayores y globales que se comprenden sólo en la relación entre unas y otras. Junto a lo anterior, abrirnos a la posibilidad de que las distintas coyunturas hagan que los niveles de importancia varíen en el análisis.

Otro aspecto que se vincula con esta necesaria desideologización se refiere a la aceptación de las y los jóvenes como sujetos en tiempo presente, con capacidades y potencialidades y no como individuos en preparación para el futuro, por lo tanto invisibles en este momento de sus historias. Esta condición de posibilidad política de lo juvenil se fortalece en tanto como izquierda nos dispongamos a desplegar actitudes de escucha activas y empáticas con las experiencias juveniles. Es decir, vincularnos para aprehender de sus búsquedas, hallazgos, errores y aciertos. No para corregirles, enseñarles, salvarles organizarles, sino para establecer lazos de complicidad entre las diversas experiencias que se despliegan.

Junto a ello, se hace necesaria la humanización de los y las jóvenes, como actores relevantes en la política local, regional, nacional y en otros ámbitos, pero ello desde sus propias historias, producciones (contra) culturales y contextos y no desde imágenes idealizadas –románticas y épicas– que muchas veces no tienen nada que ver con la concreta vida de estos jóvenes. Se trata entonces de buscar nuevas formas para darnos cuenta por ejemplo que hoy, los modos de participación política juvenil son distintos a los usados hace treinta años o incluso a los usados hace veinte o diez. No es que las jóvenes, los jóvenes y sus grupos se hayan ido para la casa porque no se activan como antaño lo hacían otros jóvenes, sino que hoy, ellas y ellos se movilizan de otras formas, ocupan la ciudad de maneras distintas que hemos de aprehender a conocer y valorar políticamente. Estas nuevas formas también existieron hace treinta años, y les parecieron nuevas y superficiales a buena parte del mundo adulto que se manifestó muchas veces en contra, a través de las tensiones que hemos analizado. Sin

embargo, es ante esa tensión que proponemos el despliegue de capacidades de encuentro y aceptación intergeneracional como posibilidad para avanzar hacia estilos democráticos y respetuosos dentro de la izquierda.

Estas nuevas formas no surgen debido a razones de índole psicobiológicas en el desarrollo de estos jóvenes, sino que se dan en el contexto de la sociedad que les correspondió vivir y que no es el mismo que décadas anteriores. Por ello las respuestas juveniles a esa realidad también difieren de otros tiempos, pero ellas tienen sustento en sus propias historias –en su propia actualidad generacional- y no en el recuerdo de lo que quizás no volverá. Se fundan en sus propios deseos y sueños más que en revivir historias. Esto no apela a una ruptura con el pasado y la memoria sino más bien a entablar con ellas un diálogo en autonomía y no en simple sometimiento.

Desplegar estas acciones y criterios propuestos como pistas de acción política no nos aseguran la llegada a buen puerto en esta tarea de construir imágenes de las y los jóvenes y sus organizaciones que sean más cercanas a las realidades que significan. Sólo nos permiten comenzar a caminar, nos señalan cierto rumbo –modificable- y nos insisten en la importancia del trayecto.